

## El final de los cursillos

Era el final de los cursillos. Unos cursillos de orientación social para cincuenta muchachos y muchachas inquietos, que buscaban su "puesto" en la sociedad... La última reunión.

Llevábamos más de dos horas reunidos. De un rincón se adelantó un muchacho pequeño, normal.

—*Yo creo que todo esto que habéis dicho es muy importante.*

Hablaba despacio, penosamente.

—*He pensado mucho estos días y creo que...*

Se paró en seco, como si tuviera un nudo en la garganta que le ahogase.

—*... que aunque no he sido bueno hasta ahora, muchos de vosotros lo sabéis...*

Hablaba mal, pero se veía una sinceridad tan descarnada en su rostro, en sus brazos caídos, que hasta los silencios eran sorbidos gota a gota.

—*... y aunque yo no quería..., no quería ver ni oír..., quería seguir como hasta ahora..., pero ya no puedo más. Tengo que ser sacerdote.*

Y se sentó.

Hubo un silencio de estupor, de incredulidad. Nadie reaccionaba.

De repente, estalló un aplauso cerrado.

El muchacho no oía. Con las manos se apretaba la frente. Hundido, Perdido en un rincón. Como si después de una noche tormentosa, al tocar tierra, hubiese caído exánime en la orilla.

El director impuso silencio. Hacía falta un cambio. Y nos mandó a cenar. Durante la cena, una cena democrática, me tocó junto a una muchacha.

—*Y usted, ¿qué piensa de aquel muchacho?*

Abrió los ojos—unos ojos negros, grandes—, me miró despacio.

—*No hay más remedio. No se puede decir que "no" a Dios.*

Golpeó con el cuchillo un trozo de pan suavemente un rato.

—*Claro que él le ha oído. Lo triste es no saber. Él ha de ser feliz. Yo le envidio.*